



S. AMBROSIO, O.
Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

hicieras en toda tu vida. Cuarta : practica estos avisos , con especialidad respecto de la confesion y comunion : esta práctica es de las mas excelentes. Quinta : luego que hubieres caído en algun defecto , aunque sea el mas leve , castigate el mismo dia con alguna penitencia. Sexta : pide á Dios todos los dias el fervor , y no sirvas jamás al Señor con pereza , ociosidad y negligencia.

2. Procura en todas las fiestas principales renovar tu fervor , celebrarlas con una nueva devocion : comienza por la festividad de la inmaculada Concepcion que viene luego. Acúsate en las confesiones de la tibieza con que sirves á Dios. Está alerta contra las distracciones voluntarias , especialmente en tus oraciones vocales. Jamás te descuides de orar y rezar con respeto. Evita las posturas descompuestas y poco decentes. Vela singularmente sobre tus sentidos , y haz alguna mortificacion ; porque el amor propio y la falta de mortificacion son siempre el origen funesto de la tibieza. Finalmente , ten un extremo horror á esta enfermedad espiritual , de la que casi nunca se cura.

DIA SÉPTIMO.

SAN AMBROSIO , OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Ambrosio , uno de los mas célebres doctores de la Iglesia , era hijo de Ambrosio , prefecto del pretorio de las Galias , dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad despues del emperador : nació el año de 340 en la ciudad de las Galias , donde residia entonces su padre , esto es , ó en Arles , ó en Tréveris , ó en Leon. Su naci-

miento fué acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia; pues estando aun en la cuna, entró en el cuarto un enjambre de abejas, y revoloteando al rededor de él, parecia que entraban en su boca, y salian unas tras otras. Corrieron á echarlas de allí; pero el padre, que se hallaba presente, no dudando que hubiese en esto algun misterio, lo impidió, y quiso ver el fin de este prodigio. Pasado un rato, salió el enjambre por la ventana, y se elevó por el aire tan alto, que le perdieron de vista. Al ver esto, dijo el padre que su hijo seria un día alguna cosa grande si Dios le conservaba la vida. Le educaron con cuidado, y su educacion correspondió á la piedad de sus padres y á la nobleza de su nacimiento. Logró la dicha de tener una madre todavía mas distinguida en el mundo por su eminente piedad, que por lo elevado de su condicion. De tres hijos que tuvo, no hubo uno que no haya sido santo. Su hija, que era la mayor de los tres, fué santa Marcelina: su hijo mayor fué san Sátiro; y el menor de todos, que era Ambrosio, los sobrepujó en méritos y en santidad á todos.

Ambrosio se mantuvo en las Gálias hasta la muerte de su padre; despues de la cual se fué con su madre á Roma, no teniendo mas que cuatro ó cinco años de edad. Viendo un dia que su madre y su hermana besaban la mano al obispo, que probablemente era el papa san Julio, les presentó tambien, por modo de juego, la suya para que la besaran, diciendo, aunque de chanza, que habia de ser obispo. El suceso hizo ver que quien hablaba entonces en él era el Espíritu Santo. El niño Ambrosio mostraba ya en sus mas tiernos años un genio tan vivo, tan despejado y tan superior á todos los de su edad, que procuraron aplicarle con tiempo al estudio de las bellas letras; á poco tiempo se habilitó en la lengua y ciencias de los griegos, y particularmente en la elocuencia, que era

entonces la principal ocupacion de los jóvenes de calidad que aspiraban á los empleos del imperio. Habiendo su hermana Marcelina hecho profesion de virginidad, y recibido el velo de mano del papa Liberio, Ambrosio quedó admirado y movido de este ejemplo doméstico, y juntando la piedad al estudio, vino á ser el mancebo mas cabal que se conocia en Roma: se adquirió la amistad de Anicio Probo, prefecto del pretorio; peroró algun tiempo en su tribunal con tal elocuencia y majestad, que Probo le eligió por su asesor, y poco tiempo despues le nombró gobernador de la Emilia y de la Liguria, que comprendian todo el país conocido hoy bajo el nombre del Milanésado, Genovesado, Piamonte, Parmesado, Boloñés, el Modenés y el Estado eclesiástico. Luego que el emperador Valentiniano hubo confirmado esta eleccion, á que añadió las insignias del consulado, el prefecto Probo dijo á Ambrosio cuando partia para su gobierno: Vé, y obra, no como juez, sino como obispo; queriendo darle á entender con esto, que un gobernador debe ser padre del pueblo por su afabilidad y su dulzura.

Ambrosio para esto no tuvo que hacer otra cosa que seguir su natural. Se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que se respetaba hasta el solo nombre de Ambrosio. No habia sino uno ó dos años que estaba en Milan, cuando el año de 374 murió Aujencio, obispo arriano, á quien el emperador Constancio habia entrometido en aquella iglesia: se movió una gran disputa entre los arrianos y los católicos de Milan sobre la eleccion de sucesor, queriendo cada uno de los dos partidos poner en la cátedra episcopal un sugeto de su comunión: creyó Ambrosio que como gobernador debia ir á la iglesia; en efecto fué, y arengó al pueblo sobre la eleccion con tanta elocuencia, que llevó

todos los espíritus á la paz y tranquilidad pública. Apenas acabó de hablar, un niño exclamó en medio de la iglesia : *Ambrosio obispo*. Este grito se tomó como una voz del cielo ; y toda la multitud se puso á repetir por tres veces con grande aplauso : *Ambrosio es nuestro obispo*. Lo que hay mas que admirar aquí, es que todos los espíritus se unieron en este punto como por milagro, por mas que fuesen de diversa secta, y todos convinieron en pedirle, aunque era magistrado, y no era todavía sino catecúmeno. Todos reconocieron la voz de Dios en esta unanimidad : Ambrosio solo fué el que no quiso reconocerla ; nunca habló con mas fuerza y elocuencia que para defenderse de admitir el obispado. Sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas, sus renunciaciones fueron en vano ; por lo cual huyó y se escondió. Pero Dios, que le habia escogido para ser una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, y el modelo de los mas santos prelados, permitió que, habiendo salido de la ciudad en medio de la noche para retirarse á Pavía, cuando creía haber caminado mucho, se encontrase al amanecer á la puerta de Milan. Halló medio de ocultarse en la campaña en casa de uno de sus amigos ; pero fué descubierto por el mismo que le habia franqueado este retiro : sin embargo, empleó todos los artificios imaginables para que no tuviera efecto la eleccion : aparentó una gran severidad, y aun quiso dar á entender que era de costumbres no buenas ; pero conociendo el pueblo que todo era fingido, no mudó de determinacion. Enviaron al emperador Valentiniano una fiel relacion de todo lo que habia pasado ; y este principe, que estaba entonces en Tréveris, se llenó de gozo al ver que le pedian por obispo al que él habia enviado por gobernador : mandó á Itálico, vicario de Italia, que procurara que Ambrosio se ordenara y consagrara cuanto antes.

No pudiendo este dudar mas que fuese esta la voluntad de Dios, recibió el bautismo de mano de un obispo católico, como lo habia pedido expresamente. Recibió despues todos los sagrados órdenes, y fué solemnemente consagrado obispo el dia 7 de diciembre del año 374, á los 25 de su edad.

Luego que Ambrosio se vió obispo, distribuyó á la Iglesia y á los pobres todo el oro y plata que tenia, y donó á la Iglesia todas sus tierras. Asimismo se impuso tres obligaciones particulares, de las que jamás se dispensó. La primera, de no pasar dia alguno sin decir misa : la segunda, de predicar todos los domingos el Evangelio á su pueblo ; y la tercera, de no omitir nada de cuanto podia contribuir para hacer florecer la religion, y destruir la herejia. El estudio de la religion fué el único estudio en que se ocupó mientras fué obispo. Pasaba una parte de la noche, y todos los ratos que podia hurtar á los negocios por el dia, en meditar las verdades de la sagrada Escritura, y en leer los escritos de los padres. Los de san Basilio el grande fueron muy de su gusto : trabó una grande amistad con este incomparable doctor, y los dos grandes santos se correspondieron por cartas toda la vida. Estudiaba mucho, pero todavía oraba mas ; y aunque su espíritu era muy eminente, y muy continua su aplicacion, la posteridad ha estado siempre persuadida de que su ciencia era infusa ; y por este motivo le pintan con el símbolo del Espíritu Santo en una paloma que le habla al oido.

En medio de un trabajo tan grande, mortificaba su cuerpo con un ayuno continuo y con una abstinencia prodigiosa. No cenaba sino el domingo y las grandes festividades : los otros dias no tomaba por la noche sino una refeccion muy moderada ; dormia muy poco, y en sus vigiliass no interrumpia sus ordinarios trabajos. Tenia un amor tan ardiente y tan tierno á Jesu-

cristo sacramentado, que no ofrecia jamás el divino sacrificio sin derramar muchas lágrimas. Sus escritos muestran bastante su ternura y su confianza en la Madre de Dios; por eso la Iglesia ha mirado siempre á este gran doctor como uno de los mas zelosos devotos de la Virgen santísima.

San Ambrosio no estuvo mucho tiempo sin hacer conocer lo que la Iglesia debia esperar de su zelo y de su generosidad. Queriendo los ministros del emperador emprender algunas cosas contra los derechos y los cánones de la Iglesia, se opuso con vigor, se quejó animosamente á Valentiniano, é impidió que se hiciera cosa alguna contra el buen orden. Habiendo muerto este príncipe el año 375, dejó el imperio á sus dos hijos, Graciano, de edad de 17 años, y Valentiniano el jóven, que no tenia sino 4. San Ambrosio miró á estos jóvenes emperadores con una ternura de padre; y ellos por su parte le honraron así el uno como el otro como si fueran sus hijos.

En este tiempo los arrianos, acostumbrados á dominar en la iglesia de Milan bajo de Aujencio su predecesor, no omitian diligencia alguna para frustrar los deseos y providencias del santo obispo; pero san Ambrosio, sostenido con la autoridad del emperador Graciano, vino á ser su azote, los precisó á convertirse, ó á vivir en paz y callar. Como en los sermones que predicaba tan frecuentemente á su pueblo sobre los medios de salvarse cada uno en su estado, se aplicaba particularmente á exaltar la excelencia de la virginidad, y hacer conocer la dicha de las virgenes, sus predicaciones produjeron muchos y pasmosos efectos. Se vieron venir á Milan, no solo de las ciudades de Italia, sino tambien de la Mauritania, varias doncellas á consacrar á Dios su virginidad bajo su direccion, y tomar el sagrado velo de mano del santo obispo. Los frutos de sus sermones llegaron tan lejos,

y sus predicaciones eran tan eficaces, que las madres encerraban sus hijas para que no asistieran á sus instrucciones; lo que le hizo decir con gracia que, pues las exhortaciones que hacia en Milan producian efectos tan prodigiosos en las provincias remotas, mientras que su pueblo era insensible á ellas, estaba en ánimo de ir á predicar en las provincias distantes, á fin de mover á los de Milan. El buen efecto que producian sus sermones le obligó á recogerlos, y hacer de ellos un cuerpo que dividió en tres libros, intitulados *de las Virgenes*. No habia sino tres años que era obispo cuando hizo esta coleccion; y pocos dias despues compuso el libro *de las Viudas*, que fué bien pronto seguido de un segundo tratado *de la Virginitad*, contra los que pretendian imputarle á delito el que tantas gentes renunciassen al matrimonio.

Habiéndose declarado Valente, emperador de Oriente, protector de la herejía arriana, atrajo el enojo de Dios sobre si y sobre todos sus estados. Los Godos vinieron á arrojarse sobre él con un ejército formidable: yendo en su socorro el emperador Graciano, su sobrino, quiso tener san Ambrosio un preservativo contra los errores de los orientales, lo que obligó al santo á componer su excelente tratado *de la Fe*, que fué citado despues con tantos elogios en el concilio general de Éfeso. Habiendo muerto en Milan su hermano san Sátiro en el año 389, san Ambrosio predicó su oracion fúnebre el dia de su entierro, y distribuyó á los pobres los bienes que habia dejado. Dos años despues hizo convocar un concilio en Aquileya, donde confundió é hizo condenar á Secundiano y Paladio, presbíteros arrianos, y logró del emperador un edicto en que se prohibia á los herejes tener asambleas en adelante.

Habiendo vacado el obispado de Sirmio, metrópoli de Panonia, fué allá nuestro santo para impedir el

que ocupase aquella silla algun obispo arriano por el favor que lograba esta secta de la emperatriz Justina. Estando sentado en la silla episcopal, tuvo el descaro una jóven arriana de subir al presbiterio, y coger á san Ambrosio de los hábitos para hacerle bajar. El santo se contentó con decirle de un modo grave, que, aunque él fuese indigno del sacerdocio, no convenia ni á su sexo ni á su profesion poner la mano sobre un sacerdote, cualquiera que fuese, y que debia temer los juicios de Dios. Pocas horas despues murió de repente esta desventurada doncella, y san Ambrosio quiso asistir la mañana siguiente á sus funerales. Estando nuestro santo de vuelta para Milan, fué á pedir perdon por un reo al emperador Graciano. El mayordomo mayor, llamado Macedonio, hombre duro, le hizo cerrar la puerta de palacio: al volverse el santo hácia su casa, dijo sin alterarse: Algun dia vendrás á la iglesia, y no entrarás en ella. Esta prediccion se cumplió despues de la muerte del emperador, cuando, queriendo Macedonio refugiarse en la iglesia, no pudo dar con la puerta: tan aturdido y ciego le habia puesto el miedo.

Habiendo ido á Roma san Ambrosio para asistir al concilio que habia juntado el papa san Dámaso, fué recibido y escuchado de todos como un oráculo. Una mujer que estaba paralítica en una cama, sabiendo que el santo estaba allí, se hizo llevar, y habiendo tocado su ropa, quedó sana en el mismo instante. Despues que volvió de Roma, compuso su tratado del misterio de la Encarnacion. A la salida de un sermon que habia predicado sobre este misterio, dos oficiales arrianos le propusieron una cuestion, ofreciéndole venir la mañana siguiente á la misma hora á oír la solucion. El santo se fué al paraje donde le habian propuesto la cuestion; pero los oficiales, burlándose de la palabra que le habian dado, se metieron en su

coche para irse á divertir: el santo, despues de haberlos esperado inútilmente, explicó la cuestion; y al bajar del púlpito, supo que, habiéndose volcado el coche, habian caído los dos oficiales en un precipicio, donde perecieron miserablemente.

El año trescientos ochenta y tres, habiendo sido asesinado en Leon el emperador Graciano por la perfidia de algunos de los suyos que le abandonaron por seguir la rebelion del tirano Máximo, se recurrió á san Ambrosio como el único dique que podia oponerse á este terrible enemigo: aceptó el santo esta arriesgada comision, se fué á Tréveris, habló al tirano, y le hicieron tanta impresion sus razones, que dejó la resolucion que habia tomado de pasar á Italia. Luego que llegó á Milan de vuelta de esta expedicion, supo que Símaco, prefecto de Roma y pagano obstinado, queriendo aprovecharse de la flaqueza del gobierno del jóven Valentiniano y de su madre Justina, habia dirigido una representacion al emperador, en que le pedia el restablecimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes paganos, de los sacrificios y de las vestales. San Ambrosio compuso una respuesta á esta representacion, tan cabal, tan enérgica y tan concluyente, que el emperador quedó convencido de la iniquidad de la peticion: nego á los paganos todo lo que le pedian; y se puede decir que despues de Dios fué la Iglesia deudora á san Ambrosio de esta última victoria que alcanzó sobre el paganismo.

La emperatriz Justina, ingrata á los grandes servicios que nuestro santo habia hecho al estado, y ciega mas que nunca por su arrianismo, viendo que se acercaba la fiesta de Pascua, pidió al santo una iglesia en Milan, donde pudiesen juntarse los arrianos que la servian y acompañaban: el santo se la negó intrépidamente. La emperatriz mandó, amenazó é hizo ocupar la basilica Porciana en nombre del jóven

emperador; pero el santo permaneció inflexible, y fué menester que la ira de la emperatriz cediese á su intrepidez. El eunuco Caligono, camarero mayor del emperador, arriano declarado, tuvo la insolencia de decir al santo obispo que le cortaría la cabeza si proseguía en menospreciar las órdenes de su Majestad. El santo se contentó con responderle que si Dios le permitía cumplir su amenaza, como él lo deseaba, Ambrosio padecería como obispo, y Caligono obraría como eunuco.

El año siguiente se declaró abiertamente la persecucion, en la que Justina no guardó mas medidas: resuelta á emplear todo su poder para restablecer el arrianismo en todo el Milanésado, amenazó arrojar de sus sillas á los obispos si no recibían los decretos del concilio de Rimini, y publicó una ley en nombre del emperador su hijo para autorizar las juntas de los arrianos. Benévolo, secretario de estado, inviolablemente adicto á la fe católica, quiso mas perder su empleo, que extender y firmar este edicto. Mercurino, escita de nacion, obispo arriano, á quien los herejes habían nombrado obispo de Milan por la faccion arriana, y el que, desacreditado por sus delitos, había mudado su nombre de Mercurino en el de Aujencio, que estaba en veneracion entre los arrianos, extendió y dirigió este edicto. La emperatriz, hallando á san Ambrosio contrario en todo á sus perniciosos designios, determinó pervertirle ó arrojarle de su silla, y mandó decirle que escogiera jueces y árbitros por su parte, como Aujencio lo había hecho por la suya, para que la causa de entrambos fuese juzgada por el emperador en su consejo; que sino adhería á este convenio, no tenía que hacer sino retirarse, y ceder su silla episcopal á Aujencio.

San Ambrosio hizo presentar una respetuosísima representacion sobre todos los capitulos; y añadió

que, segun el edicto de Valentiniano su padre, en las causas de fe el juez no debe ser de inferior condicion que las partes: que á los obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en las causas de religion; pero que nunca habían tenido facultad los emperadores cristianos para juzgar á los obispos; y que el lego no debe echar jamás la mano al incensario. Después de haber enviado esta humilde representacion al emperador, se retiró el santo á la iglesia, donde fué seguido de un sinnúmero de gentes prontas á morir antes que permitir que se llevasen su pastor. La iglesia fué cercada de soldados, que no se quitaban de día ni de noche: entonces fué cuando nuestro santo, para entretener santamente á los fieles, compuso muchos himnos que hacia cantar á dos coros, mezclados con salmos. La emperatriz, temiendo una sedicion, dejó de perseguirle; y Dios consoló á nuestro santo descubriéndole las reliquias de los dos santos hermanos mártires Gervasio y Protasio, lo que aumentó la rabia y el despecho de la emperatriz arriana. Un cierto Eutimio, que hacia un año tenía dispuesto el carruaje en que debía ser llevado nuestro santo, fué puesto en él para ser conducido al destierro; y san Ambrosio le dió, por pura caridad, el dinero necesario para el viaje.

Durante esta calma continuó el santo en dar instrucciones al pueblo, y siempre con mayor fruto. La conversion del gran san Augustin es una de las conquistas que hará eternamente una de las mas bellas partes del elogio de nuestro santo; se cree que fué por este tiempo cuando los dos grandes santos compusieron el célebre cántico *Te Deum laudamus...*, que hacían cantar á dos coros en las asambleas de los fieles para dar gracias á Dios por la calma no esperada que había dado á la iglesia de Milan, y por la victoria conseguida sobre la herejía arriana.

A pesar del odio que tenia la emperatriz á san Ambrosio, necesitó de él en las apretadas urgencias del estado: recurrió al santo, y le pidió que volviera á verse con el tirano Máximo. El santo aceptó esta peligrosa comision: fué á Tréveris, y habló á aquel príncipe con una libertad y una intrepidez cristiana que pasmó al tirano. Máximo le respetó; pero como habia determinado entrar en Italia y destronar á Valentiniano, hizo poco caso de las razones y representaciones de san Ambrosio. Sabiendo Justina que el tirano habia pasado los Alpes, se retiró á Oriente con su hijo Valentiniano, y fué á arrojarle entre los brazos del gran Teodosio. Este gran príncipe los recibió benignamente, y les dijo claramente que su desventura no tenia otro principio que la proteccion que habian dado á los arrianos, en lugar de escuchar y sostener á los obispos católicos. El emperador Teodosio pasó con un ejército á Occidente, atacó á Máximo, le derrotó enteramente, y restableció á Valentiniano en el trono.

Apenas este gran príncipe hubo conocido á san Ambrosio, cuando le estimó, le honró y le veneró; pero si quedó prendado de su grand piedad, no quedó menos edificado de su firmeza en sostener los derechos de la Iglesia. Habia consentido el emperador que se volviese á los judíos de Milan su antigua sinagoga, á lo cual el santo obispo se opuso; pero nada da á conocer mejor que se sobreponia á todo respeto humano, que aquella santa libertad con que habló al emperador despues de la cruel matanza de Tesalónica. Los habitantes de esta desventurada ciudad, habiendo dado la muerte en una sedicion á uno de los capitanes generales del emperador, le irritaron tan cruelmente, que abandonó la ciudad á discrecion de sus tropas, las que pasaron á cuchillo hasta quince mil personas: todo el mundo se horrorizó de

una accion tan bárbara. San Ambrosio escribió á Teodosio una carta respetuosa, pero viva, para representarle la atrocidad de esta ejecucion, y moverle á penitencia. La carta hizo en el emperador el efecto que deseaba Ambrosio, haciendo que el emperador se manifestase arrepentido de lo hecho: algun tiempo despues, habiendo ido á Milan este príncipe, quiso entrar en la iglesia; mas el santo prelado le prohibió la entrada, presentándose ante el emperador, y hablándole con respeto, mas con toda la autoridad que le daba su carácter sostenido de la santidad de su vida. El emperador le oyó con los ojos bajos, sin hablar palabra, hasta que, habiendo acabado de hablar Ambrosio, le respondió: *Ya conozco mi culpa, y espero mucho en la misericordia divina. David, añadió, esperó mucho en ella, y no experimentó jamás la confusion de haber esperado en vano, aunque cometió un adulterio y un homicidio. Vos le habeis imitado en su pecado, replicó el santo, imitadle, pues, en su penitencia.* Hizo el emperador lo que le aconsejaba Ambrosio; pues mirándose como excomulgado, estuvo ocho meses sin entrar en la iglesia; y Ambrosio no le absolvió de su pecado, ni le admitió á la participacion de los divinos misterios, sino despues de una penitencia pública. Teodoreto añade que el religioso príncipe, despues de haber ido al ofertorio con los ojos bañados en lágrimas, fué á ponerse en el coro, y se quedó en el presbiterio. Habiéndolo advertido san Ambrosio, le preguntó si queria alguna cosa: el emperador respondió que aguardaba que llegara el tiempo de la comunión. El santo le envió á decir que solo á los ministros sagrados les era permitido entrar en el lugar santo; que la púrpura podia hacer príncipes, pero no sacerdotes; y que el presbiterio no era para los emperadores. Teodosio recibió la advertencia con humildad, salió fuera de la barandilla, y se puso